

¡QUÉ CAMINO! ¡Qué lluvia tan inmundada, lúgubre y cegadora! Y, por el fantasma del viejo Horace Greeley*, ¡qué tarea tan idiota e imposible!

John Shellinger maldijo el vaporoso parabrisas cubierto de gotas de lluvia. Miró a través del cristal y trató de adivinar el camino rural y la vegetación parda del otoño. Podría haber pasado la fila de convictos que se movían lentamente a derecha e izquierda a través del campo y la carretera; podría haberse desviado hacia un camino secundario y dirigirse a una tierra completamente abandonada. Pero no creía que lo hubiera hecho.

¡Qué tarea!

—Toma el ángulo humano en esta cacería de vampiros —había ordenado Randall—. Todos los otros servicios de noticias le darán el giro habitual: la superstición medieval arruinando el mundo atómico y todo eso. ¡Qué idiotas! Mantente fuera de esa línea. Búscate un individuo llorón que se incline hacia el chupasangre y lloriquea unas tres mil palabras. Mantén tu cuenta de gastos baja, simplemente no podrá sacar demasiado de ese tipo de tugurio agrícola.

«Así que solo debo ensillar mi descapotable —pensó Shellinger con más entusiasmo—, y marcharme al país donde nadie habla con extraños, especialmente ahora que el vampiro se ha cargado a tres jóvenes.

«Nadie me dirá los nombres de esos tres niños o si alguno de ellos sigue vivo; y los cables de Randall siguen preguntando cuándo empezaré a enviar una copia utilizable. Todavía no puedo encontrar una Louise locuaz en toda la zona. Ni siquiera hubiera sabido de esta cacería a campo traviesa si no hubiera empezado a preguntarme dónde desaparecieron todos los hombres de la ciudad en una noche tan poco apetitosa y lluviosa.»

La carretera estaba mal en segunda, pero era imposible en casi cualquier otra marcha. Los surcos tampoco estaban ayudando. Shellinger frotó la humedad del vidrio con su pañuelo y deseó tener otro par de faros. Apenas podía ver.

Esa mancha oscura por delante, por ejemplo. Podría ser uno de los vampiros. Podría ser alguna bestia a la que el golpe de los matorrales haya sacado de su escondite.

Incluso podría ser una niña.

Apretó el freno. Era una chica. Una chica de cabello oscuro y jeans azules.

Hizo girar la manivela y asomó la cabeza a la lluvia que caía.

—Oye, ¿quieres que te lleve?

La chica se inclinó ligeramente contra el fondo sombrío de la noche y el campo húmedo y en descomposición. Sus ojos escanearon el coche, regresaron a su rostro y lo consideraron. Probablemente no sabía que existía este tipo de automóvil cromado de la posguerra. Desde luego, nunca había soñado con subirse a uno. Le daría la oportunidad de jactarse con los demás.

Evidentemente, decidió que no era el tipo de extraño del que su madre le había advertido y que sería menos incómodo pasar un rato con él en el coche que caminar bajo la lluvia. Asintió. Muy lentamente, dio la vuelta al frente y se subió al vehículo.

—Gracias, señor —dijo.

Shellinger echó una rápida mirada de soslayo a la chica. Sus jeans azules estaban raídos y mojados. Debía estar terriblemente fría e incómoda, pero no se lo iba a dejar saber. Lo soportaría con el estoicismo de la gente de las colinas.

Pero ella estaba asustada. Se sentó encorvada, con las manos cuidadosamente cruzadas en su regazo, en el lado más alejado del asiento, justo contra la puerta. ¿De qué tenía miedo? ¡Por supuesto, del vampiro!

—¿Qué tan lejos vas? —le preguntó gentilmente.

—Aproximadamente una milla y media. Pero por ahí.

Señaló hacia atrás por encima del hombro. Era regordeta, con mucha más carne que la mayoría de estos chicos escuálidos y aparceros. Sería hermosa, algún día, si algún analfabeto no la llevara al matrimonio y al trabajo duro en una cabaña rústica.

Hizo girar el automóvil y comenzó a retroceder. Se perdería la cacería, pero no se podía arrastrar a una chica impresionable a ese tipo de actividades sombrías. Bien podría llevarla a casa primero. Además, no sacaría nada de esos granjeros poco comunicativos con sus estacas afiladas y sus balas de plata en sus rifles acostumbrados a matar ardillas.

—¿Qué tipo de cultivos trabajan tus padres? ¿Tabaco o algodón?

—No han cultivado nada todavía. Acabamos de instalarnos.

—Oh.

Eso estaba bien: ella no tenía acento de montaña. De hecho, era un poco más digna que la mayoría de los jóvenes que había conocido en este vecindario.

—¿No es un poco tarde para dar un paseo? ¿Tu gente no tiene miedo de dejarte salir tan tarde con un vampiro suelto?

Ella se estremeció.

—Yo... tengo cuidado —dijo al fin.

¡Oye!, pensó Shellinger, aquí estaba el ángulo humano. Esto era lo que Randall estaba pidiendo a gritos. Una chica asustada con la suficiente curiosidad como para tragarse su gran bulto de miedo y salir a explorar de noche. Su nariz periodística se crispó. Había una posibilidad aquí; el ángulo humano básico y colorido estaba sentado con temor en su asiento de cuero rojo.

—¿Sabes qué es un vampiro?

Ella lo miró, sorprendida. Bajó la mirada y buscó las palabras entre sus manos cruzadas.

—Es... es como alguien que necesita personas en lugar de comidas —una pausa vacilante—. ¿No es así?

—Sí.

Eso era bueno. Nada mejor que alguien joven para encontrar un punto de vista nuevo, no estropeado por la superstición de los libros de texto. Usaría: Personas en lugar de comidas.

—Se supone que un vampiro es una persona que será inmortal, es decir, no morirá, siempre y cuando obtenga sangre y vida de personas vivas. La única forma en que puedes matar a un vampiro...

—Gire a la derecha aquí, señor.

Señaló hacia una calle lateral. Era fastidiosamente estrecha; unas ramas húmedas sorprendidas golpeaban el parabrisas y pasaban las hojas perezosamente por la capota de tela del coche. De vez en cuando, la copa de un árbol estornudaba y recogía agua de lluvia.

Shellinger apretó la cara contra el parabrisas y trató de descifrar la imagen entre maleza alumbrada bajo sus faros.

—¡Qué camino! Tus padres están empezando de cero. Bueno, la única forma de matar a un vampiro es con una bala de plata. O puedes clavarle una estaca en el corazón y enterrarlo en un cruce de caminos a medianoche. El problema con esas creencias es que un grupo de hombres adultos ahora están esparcidos por el campo porque piensan que un vampiro anda suelto. Y es probable que encuentren a algún pobre vagabundo y acaben con él horriblemente por la única razón de que no puede dar una explicación satisfactoria de su presencia en los campos en una noche como esta.

Silencio.

Ella estaba considerando sus palabras.

A Shellinger le gustó su actitud digna y pensativa. Ella estaba un poco más cómoda, notó, y estaba sentada más cerca de él. Es curioso cómo una joven podía sentir que no le harías ningún daño. Incluso una chica de campo. Especialmente una niña de campo, tal vez porque viven más cerca de la naturaleza o algo así.

Shellinger giró la cabeza al escucharla jadear.

—¿Qué te pasa? ¿No te gusta la idea de matar a un vampiro?

—Creo que es horrible —dijo ella enfáticamente.

—Entiendo. Vive y deja vivir, ¿no?

Ella lo pensó y asintió sonriendo.

—Sí, vive y deja vivir. Vive y deja vivir. Después de todo... —ella estaba teniendo dificultades para encontrar las palabras adecuadas—. Después de todo, algunas personas no pueden evitar lo que son. Quiero decir —dijo muy lentamente, muy pensativamente—, si una persona fuera un vampiro, ¿qué podría hacer al respecto?

—Buen punto.

Volvió a estudiar lo que había en el camino.

—El único problema es este: si crees en cosas como los vampiros, bueno, sabes que no son precisamente buenos, sino más bien desagradables. Esa gente en la aldea que afirma que tres niños han sido asesinados por el vampiro, lo odian y quieren destruirlo. Si existen cosas como los vampiros, fíjate, dije si, entonces, ¿cualquier

forma de deshacerse de ellos sería correcta, incluso si es horrible?

—No. No deberías atravesar a la gente con estacas.

Shellinger rio.

Se había ganado su confianza. Una semana de convivencia entre ignorantes de labios finos que no habían tenido reparos en mostrar su desdén, lo había dejado un poco inseguro. Esto estuvo mejor. Finalmente consiguió algo parecido a un ángulo humano.

Solo que tendría que disfrazarla un poco. En la historia, sería una chica campesina corriente, mucho más delgada, mucho más inaccesible; y todas las comillas estarían en dialecto de montaña.

Sí, ahora tenía el ángulo humano.

Ella se había acercado a él de nuevo, justo contra su costado. ¡Pobre chica! El calor de su cuerpo hizo que la frialdad húmeda de sus jeans fuera un poco menos incómoda. Deseó tener un calefactor en el coche.

El camino desapareció por completo entre arbustos enredados y árboles retorcidos. Detuvo el coche.

—¿Vives aquí? Este lugar parece como si nada humano hubiera vivido durante años.

Estaba asombrado por la desolación sin cultivar.

—Claro que vivo aquí, señor —dijo su cálida voz en su oído—. Vivo en esa casita de allí.

—¿Dónde?

Frotó el parabrisas y forzó su visión sobre el barrido del faro.

—No veo ninguna casa. ¿Dónde está?

—Ahí —una mano regordeta se acercó y señaló a la noche que se avecinaba—. Por ahí.

—Todavía no puedo ver...

El rabillo del ojo derecho había notado casualmente que la palma de esa mano estaba cubierta de fino cabello castaño.

Eso era extraño.

Estaba cubierto de fino cabello castaño. ¡Su palma!

»¿Qué es lo que recuerdas sobre la forma de sus dientes? —pensó.

Empezó a girar la cabeza para echarle otro vistazo a los dientes. Pero no pudo.

Porque sus dientes estaban en su cuello.

* Horace Greeley, periodista y político estadounidense. Fue uno de los fundadores del Partido Republicano.